

son? Encarnaciones de la Grecia, de la Arabia, de la Judea, de Roma pagana, de la Italia cristiana, de España, de la Francia y de Inglaterra. Y cuanto más grandes, mejor encarnan en sí, con el genio de la humanidad, el de aquella parte de ella de la cual son más directamente hijos. El gran Pelasgo, es Homero; el gran heleno, es Esquilo; el gran árabe es Job; el gran hebreo, es Isafás; el gran romano, es Tácito; el gran italiano, es Dante; el gran inglés, es Shakespeare; el gran francés, es Bossuet. Y Jesucristo ¿qué es? Ni hebreo, ni griego, ni antiguo, ni moderno. ¿Qué es, pues? Es hombre, ó antes bien, es el hombre. En los demás no se halla la humanidad entera; tócanse sus límites; en Jesucristo, jamás.

Y nótese bien que esta universalidad no es, en Jesucristo, la impersonalidad. Porque ¿qué personalidad fué nunca más elevada, más claramente acentuada? ¿Quién hizo nunca más perfecto uso del yo? ¿En dónde hallar más completa independencía? Búsquese de quién dependa Él. Ni de la multitud que le aclama, ni de sus discípulos, ni de su siglo, ni de las ideas y de las costumbres que le rodean. Nadie pudo jamás lisonjearse de haber sido su maestro. A causa de su misma personalidad alcanza esa original universalidad. Moisés es judío por sus ideas, sus sentimientos, sus costumbres, sus hábitos, más aún que por su origen. Sócrates no

se hizo nunca superior al tipo griego. Mahoma era árabe. Lafontaine y Molière son tan franceses, que á los ingleses les cuesta tanto trabajo el comprenderlos, como á nosotros mismos gustar de Goethe. En todos estos grandes hombres hay algo local, transitorio, que no se comprende más allá de la montaña ó del océano; que no podría imitarse en todas partes; que muere con el siglo; que renacería alguna vez con otro siglo, mas para morir de nuevo. Oscilación singular, que los muestra como meros hombres, aunque los más grandes de entre los hombres. En Jesucristo, no hay nada semejante; todo ese aspecto falta á su fisonomía. Se ve la humanidad; no se ve lo que la limita, lo que la circunscribe. Por eso es Él modelo universal propuesto á la universal imitación. Todas las edades lo copian: el niño, la joven, la madre, el anciano; todas las condiciones se acercan á Él, para hallar un consuelo, una ayuda: el pobre como el rico, el prisionero en su calabozo y el rey en su trono. En vano la marcha del mundo y de la civilización trae á la escena nuevos actores; Jesucristo no es extraño para ninguno de ellos: ni para el griego, aun cuando Él se hubiese cuidado poco de filosofía; ni para el romano, aun cuando no hubiese ganado batallas; ni para el bárbaro del siglo IV ó para el civilizado del XIX, por más de que sus ideas, sus costumbres, sus usos, apenas se parezcan.

Al ser adorado por los indígenas de América, por los negros salvajes del Africa, por los brahmanes de la India, esta adoración creó allí virtudes tan puras é iguales, como las que habían brotado entre los romanos degenerados del Bajo Imperio: ¡tan universal, simpática y accesible es á todos los hombres esta figura, imitada por todos, y siempre, aunque jamás igualada!

Lo que de su belleza moral y de su personalidad decimos, es bien inútil decirlo de su acción. Es natural. No tiene límites, ni en el tiempo, ni en el espacio. Nada hay que en parte alguna la limite de ninguna manera. Sobre todo, ningún siglo la sobrepuja. La humanidad marcha; va de prisa; es un andarín apresurado. Bendice, aclama á su paso á los genios que se levantan para alumbrarle. Luego en seguida los deja atrás. La filosofía de Platón fué buena; pero no basta. La ciencia de Newton fué admirable; pero se le lleva ventaja. La geología de Cuvier ha sido una revolución; pero se queda atrás. La humanidad camina. Enciéndanse, en enciéndanse nuevas luces. Hipócrates ha quedado atrás; Arquímedes ha quedado atrás; Copérnico ha quedado atrás; Galileo ha quedado atrás; Lavoisier ha quedado atrás; Montgolfier ha quedado atrás; ¿Jesucristo? no. "Jesucristo, dice M. Renan, ¡nunca será sobrepujado!"¹

¹ RENAN. *Vie de Jésus*, pág. 325.

Es honor de los grandes maestros, y á la vez debilidad suya, el presentar á fuerza de genio, fórmulas de las cuales se partirá para llegar más lejos, y crearse discípulos que les hagan quedar olvidados. Aunque valgamos menos, sabemos mil cosas que ignoraban Sócrates y Platón, Cicerón y Séneca. Vemos otras que causarían asombro á Bossuet, Newton ó Pascal. "Mas, dice perfectamente Parker: dieciocho siglos hace que el torrente de la humanidad se elevó tan alto en Jesús; ¿y qué hombre, qué siglo ha sobrepujado su pensamiento, ha sabido siquiera apropiárselo, aplicarlo enteramente á la vida? Responda el mundo á su grito de angustia. Los hombres se han repartido los vestidos de Jesús, han echado suertes sobre su túnica inconsútil; mas el espíritu que trabajó con tanta energía en el seno del pecado y de la muerte, que espiró, que tuvo que sufrir y que venció al mundo, ¿se le agotó, se le posee si quiera, se le comprende?"¹ Se halla, después de dieciocho siglos, inagotado é inagotable.

Mas parece que cuanto más camina la humanidad, más viva resulta la acción de Jesucristo. A cada nuevo horizonte, á cada nueva necesidad, responde con un nuevo rayo de luz, con un remedio hasta entonces desconocido. ¡Cuántas maravillas, por ejemplo, no han sospecha-

¹ TRODORO PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, 3 édit. Boston, 1847, pág. 275.

do nunca los cristianos de los primeros siglos, y acerca de las cuales nos vemos obligados á decir: las tenían á la vista! Y ¡cuántas maravillas que no sospechamos, y acerca de las cuales dirán nuestros descendientes: también las había Él previsto! Y al propio tiempo que se extiende así á través de los siglos, que se renueva con los más leves movimientos de la civilización, esa acción de Jesucristo nada pierde de su intensidad. Después de transcurridos dieciocho siglos, se hace dueña de las almas como en el primer día. "Se entusiasma uno al oír contar las conquistas de Alejandro. Pues bien, hé aquí un conquistador que se apropia, que se asimila no sólo una nación, sino la raza humana entera. ¡Qué milagro! el alma humana con todas sus energías viene á ser una parte integrante de la existencia de Jesucristo."¹

Si ahora, después de haber buscado en vano la medida de su belleza moral, de su personalidad, de su acción, observamos su mente, hémos aquí en presencia de un fenómeno del mismo orden, pero todavía más asombroso. La mente de Jesucristo no solamente es superior á toda mente humana, como lo hemos hecho ver más arriba; no se le parece. Contiene algo incomprendible, inaccesible á todas las miradas.

Habéis leído el Evangelio. En esas páginas

¹ *Conversations de Napoléon á Sainte-Hélène, avec le général Bertrand.*

que contienen una doctrina tan pura y al propio tiempo tan profunda, y no obstante tan clara, ¿no habéis notado una luz de naturaleza extraña, que se parece á la obscuridad, pero que no lo es, porque no sería dado concebir la obscuridad en esa sublime y vigorosa mente; que es tan distinta de la luz natural, que algunos la han llamado sinrazón, lo cual es imposible, porque hace dieciocho siglos la humanidad habría demostrado ese absurdo; que es verdadera luz, pues posee un resplandor muy vivo, por más de que su foco sea impenetrable, y á la cual hemos llamado, no sabiendo cómo definirla, *misterio*, es decir, lo incomprendible, lo inaccesible?

Sí, en esos discursos tan luminosos del Evangelio, diríase que brotan sombras. Frases obscuras aparecen de vez en cuando; obscuras no por falta de luz, al contrario, por intensidad; y la prueba de ello está en que los más grandes genios, religiosos ó impíos, las estudian dieciocho siglos há sin lograr comprenderlas los primeros, ni destruirlas los segundos. Un Orígenes, un Agustín, un Tomás, un Bossuet, un Leibnitz, un Pascal, han fijado, en esas extrañas fórmulas, aquellas miradas que habían descubierto las leyes del pensamiento y la marcha de los astros, y han confesado que no entendían, pero que aquellos misterios, que ellos mismos no penetraban, les hacían verlo todo y

comprenderlo todo. Al propio tiempo apareció otra raza, también de grandes talentos, diestros en sorprender el flanco débil de las cosas, en desenredar los sofismas ó en lanzar la burla y el ridículo, y que se propusieron hacer ver que sólo había contradicción, sinrazón y tinieblas en aquellas fórmulas; pero no han salido más airosos efectivamente: si hubieran demostrado su aserto, el Cristianismo habria muerto en el desprecio. De suerte que después de dieciocho siglos de la más viva discusión que jamás se vió, esas fórmulas subsisten no penetradas, y por lo tanto impenetrables.

Hé allí el fenómeno; es único. Regístrense los libros de los filósofos. ¿En dónde se halla lo impenetrable? Se verá en ellos la obscuridad; pero lo oscuro no es más que una prueba de debilidad. Alguna vez se hallará en ellos la contradicción, y se hará la prueba de ello. Mas lo incomprendible, lo inaccesible, no se encontrará allí nunca. No es incomprendible el que quiere serlo. No ofrece en el mundo un misterio quien así lo quiere. Lo que un entendimiento concibe, lo concibe otro, y si es dado al genio ser el primero en subir á ciertas alturas, no le es dado subir tan alto que los demás no suban con él, ó al menos detrás de él. El genio se parece al águila, que carga sus polluelos sobre sus alas, y los lleva al sol, porque serían incapaces de ir solos. Sólo á Jesucristo no es dado el seguirle.

Se le ve cernerse sobre las cimas como los genios de este mundo. Como ellos tiene la elevación, la profundidad, la fecundidad; como ellos y más que ellos, lanza torrentes de luz humana. Luego de pronto sube más alto, penetra en las nubes, piérdese en una luz intensa, impenetrable, adonde nadie puede seguirle.

Y esto es lo que hace del Evangelio un libro incomparable. Juntándose la luz accesible y la inaccesible en el mismo discurso, siéntese uno á la vez arrebatado y echado por tierra. Adviértese por momentos que falta el terreno, pero no se asusta uno; se sabe con quién se sube. Cuando no se ve, se adora. Y luego, esa luz intensa, impenetrable en sí misma, ¡lanza tan hermosos rayos! Es como el sol, cuyo foco no se ve: el foco abrazaría los ojos; pero se ven los rayos que parten del foco, y son los que iluminan al mundo y que á todo prestan belleza.

Estos rasgos singulares, tan poco humanos en el seno de una naturaleza tan humanamente hermosa, han impresionado vivamente á todos los observadores que, hace dos siglos principalmente, han comenzado á estudiar á Jesucristo, no como antes bajo el aspecto exterior de su sér, sino bajo su aspecto íntimo. Ya Rousseau, en el siglo XVIII, después de un examen bien superficial, sin embargo, había dejado brillar su admiración en esta frase famosa: "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y

muerte de Jesús son de un Dios." ¹ En nuestros días, Napoleón no necesitó más que parar un instante sobre Jesucristo su mirada de águila para pronunciar estas palabras aún más hermosas: "¡Conozco á los hombres, y os digo que Jesucristo no era un hombre!" ² Goethe, el más universal y el más vigoroso, pero también el más pagano de todos los poetas modernos, llama al Cristo "el hombre divino, el santo, el tipo y el modelo de todos los hombres." ³ En América, Channing, que hizo tan grandes esfuerzos para destruir en el entendimiento de sus contemporáneos la idea de la divinidad de Jesucristo, no podía evitar el reconocer que había en Él algo que la presencia de la humanidad sola no explicaba. "¡Creo, decía, que Jesucristo es más que un hombre!" Y añade: "Los que no le atribuyen la preexistencia (esto es, que niegan su divinidad), no le miran en manera alguna para eso como mero hombre. Establecen siempre entre Él y nosotros profunda diferencia. Le consideran gozando de una intimidad particular con Dios, como revestido de dones, de bienes, de fuerzas, de socorros, de luces tales, como jamás las poseyó hombre alguno, y como brillando con una pureza sin man-

¹ ROUSSEAU. *Emile ou l'Education*, livre VI.

² BEAUTERNE. *Sentiments de Napoléon sur le Christianisme*.

³ GOETHE. *Entretiens avec Eckerman*, 3 vol., p. 371.

cha, suprema distinción del cielo. Conceden gustosamente que Jesucristo deja atrás todas las perfecciones humanas por su grandeza y por su bondad." ¹

Finalmente, los mismos que en este siglo han examinado muy de cerca el carácter de Jesucristo, pero con los ojos del odio; que se constituyeron enemigos públicos de Jesucristo: M. Strauss en Alemania, M. Parker en América, M. Renan en Francia, no han podido evitar el dejar escapar frases significativas: "El Cristo, dice Strauss, no podría tener predecesor que le aventaje, ni siquiera que pueda alcanzar después de Él y por Él, el mismo grado absoluto de la vida religiosa. Jamás, en tiempo alguno, será posible subir más alto que Él, ni imaginarse á nadie que le sea siquiera igual." ² Parker es todavía más explícito. "La divinidad que transpira á través del hermoso carácter humano de Jesucristo parece mostrarse á Él. Jesús difunde una luz nueva, brillante como el día, sublime como el cielo y verdadera como Dios. Filósofos, poetas, profetas y rabinos, por encima de todos se levanta. Y no obstante, Nazaret no era una Atenas en donde se respirase el ambiente de la filosofía; no había Pórtico ni Liceo; ni siquiera una escuela de profetas.

¹ CHANNING. *Discours sur le caractere du Christ*.

² STRAUSS. *Du Passager et du Permanent dans le Christianisme*. Altona, 1839, p. 137.

¡Dios está en el corazón de este joven!"¹ Es la conclusión de Parker. Hé aquí la de M. Renan: "Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador. Tu obra está terminada....Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante tu paso aquí abajo, vendrás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo sería conmoverle hasta sus cimientos. Entre Tú y Dios no se hará distinción. Enteramente vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, adonde te seguirán, por el camino real que Tú has trazado, siglos de adoradores."²

Hé aquí en dónde nos hallamos. Hay en todos los observadores, aun los más distraídos, aun los más enemigos, una veneración involuntaria, una admiración creciente por la pureza inmaculada, por la perfección moral, por la belleza de ese carácter sin segundo. Parece que se siente cada vez más y que se conviene en que es el más santo entre los santos en la historia de nuestra raza, el más grande y el mejor que ha pisado esta tierra. Se le encuentra hasta tan grande, tan bueno, y, después de pasados dieciocho siglos, tan vivo, que los mejores se preguntan involuntariamente si es

1. TH. PARKER. *Discours sur les matières relatives á la Religion*, p. 275.

2 RENAN. *Vie de Jesus* v. 426.

hombre, y sus enemigos mismos sienten, á pesar suyo, que la cuestión se presenta á su entendimiento. Ahora bien; que la cuestión se presente, que la duda nazca por sí misma, que se requiera un esfuerzo para alejar una cuestión que no se ofrece acerca de ningún otro hombre, ¿no es ya una presunción y como una primera prueba de su divinidad?

III

Pero sigamos y penetremos atrevidamente en las profundidades de este incomparable asunto. Todo esto no es más todavía que el peristilo y el pórtico. Sí efectivamente, Jesucristo es Dios, ¿cómo se habría contentado con dejar que su divinidad transpirase á través de su inteligencia humana, de su corazón humano y de su voluntad humana? ¿Acaso esa media luz podría bastarnos? Iba á pedirnos una fe absoluta; se requería, pues, que nos diese acerca de su divinidad pruebas proporcionadas á la grandeza de la adoración que de nosotros exigía. Y pues Dios, que nos ha hecho tan bellos dones, no nos ha permitido tocar á las leyes de la creación; pues que á fuerza de genio podemos cruzar las tempestades, pero no calmarlas; pues que no sabemos resucitar á nuestros muertos, ni aun á los más queridos, era necesario que

Jesucristo lo hiciera, y que después de haber-nos dejado entrever su divinidad á través del velo de su humanidad, á la manera de una luz sobrado viva que se suaviza bajo un hermoso globo de cristal, difundió algunos rayos de luz enteramente vivos, algunos de esos actos soberanos que no dejan duda á las almas de buena voluntad, y que las prosternan en la adoración.

Jesucristo lo hizo. ¿Recordáis el ciego de nacimiento curado, y Lázaro resucitado? ¿Recordáis el Tabor ó el Lago? Si estos hechos son ciertos, ¿acaso no hay en eso una explosión de la divinidad?

Mi intención no es, sin embargo, insistir en este momento acerca de la certidumbre histórica de esos hechos. Queremos saber si Jesucristo es Dios. Para eso tenemos dos medios: el primero, consiste en establecer que hizo verdaderos milagros, es decir, actos superiores á todas las fuerzas humanas, derogando todas las fuerzas de la creación; ¹ que los hizo frecuentemente, sin cesar, millares de veces; que los hizo á la luz de una publicidad deslumbradora, en las calles, en las plazas, ante sus amigos, á la vista de innumerables multitudes, bajo las ardientes y odiosas miradas de sus ene-

(1) Sobre la cuestión misma del milagro, recomiendo la lectura del admirable libro del P. Bonniot, *Le Miracle et ses Contrefaçons*.

migos; que esos milagros, de los cuales jamás dudaron sus contemporáneos, no hay manera humana de explicarlos; y que todas las imposibilidades físicas, metafísicas y científicas que contra ellos se alegan, nada absolutamente significan. Hé ahí el primer medio. Es el de la antigua apologética, que lo elevó á su perfección.

Hay otro, que es más hermoso, más en consonancia con nuestra obra. Consiste en hacer ver que esos actos, cualesquiera que sean, Jesús los ejecutó de manera sobrehumana. Consiste en mirarlos no en sus circunstancias internas, sino en sí mismos; en abrirlos como se abre una flor para que se exhale su aroma; y encontrar en ellos, bajo otra forma, la verdadera fisonomía de Jesucristo, su grande y luminosa mente, su corazón sublime, su prodigiosa virtud, y como una impresión más elevada de su divinidad. Era necesario ser Dios para ejecutar tales actos; pero todavía era más necesario ser Dios para hacerlos como los hizo. Hé ahí el segundo medio. Lo preferimos al otro, y es el que vamos á emplear en este momento. Ofrece menos cuerpo, para los que investigan y dudan, á las argucias de la mente; abre vasto horizonte á las intuiciones del corazón; apela en esto á la conciencia, verdadero juez en estas materias, y, por todas estas razones, resulta maravillosamente á propósito para hacernos

dar nuevo y decisivo paso en el conocimiento de Jesucristo.

Pregúntase alguna vez de dónde venían al Salvador su popularidad y el éxito de su obra; y siéntese uno tentado á responder: Es debido á sus milagros, que, mostrándole superior á la naturaleza, todo lo prosternaban á sus pies. Esta respuesta es cuando menos harto incompleta. Jesucristo habría podido no hacer milagro alguno, sin que por ello el mundo se prosternara menos á sus pies; y por otra parte, aun cuando hubiese hecho mil veces más, y más brillantes, si no hubiese añadido á tales actos la belleza moral, la dulzura, la discreción, la ternura infinitas que á ellos añadió, en lugar de atraer á Sí las almas, las habría asustado y alejado. "En la mente de los antiguos, dice un profundo observador, el poder sobrenatural no se hallaba invariablemente ligado á la idea de Dios y del bien. Se le miraba como cosa propia de los espíritus malignos lo mismo que de los buenos, y con frecuencia inspiraba horror, tanto como respeto. Cuando el Cristo ejercía ese poder, la primera impresión que recibían los espectadores era una impresión que los turbaba y les causaba alarma; sentíanse menos inclinados á la admiración ó á la adoración que al deseo de escapar pronto á un poder tan formidable. Los Gadarenianos conjuran al Cristo para que se aleje de sus orillas. El mismo Pedro le

hace la misma petición, y esto en tiempo en el cual conocía él sobrado bien á su Maestro para equivocarse por entero en lo tocante á su carácter y á sus designios.

"Desplegados con toda libertad, aquellos poderes sobrenaturales eran, pues, más propios para dificultar el plan de Cristo que para auxiliarlo. El sentimiento de verse en manos de un Maestro divino es saludable y ennoblecedor; pero la acción inminente de una fuerza abrumadora oprime la libertad y la razón. Si el Cristo se hubiera valido sin reserva del poder sobrenatural, como parece que sus compatriotas lo esperaban de él, y como parece que se hallaban autorizados á esperarlo por las antiguas profecías que representaban al Mesías gobernando á las naciones con vara de hierro y estrellándolas como el vaso del alfarero, no imaginamos que se hubiera podido cumplir una redención entre los hombres. El poder sobrenatural habría tornado vanas, en lugar de secundarlas, la sabiduría y la bondad que lo ejercían; habría encadenado y helado las facultades de aquéllos sobre quienes se ejercía. El Cristo evitó cuidadosamente esto. Se impuso extrema reserva en el uso de su poder sobrenatural. Adoptó el principio de que había sido enviado, no para destruir la vida de los hombres, sino para salvarlos, y en la práctica se abstuvo estrictamente de hacer á nadie mal ó daño algu-

no. Perseveró tan firmemente en esta conducta, que acabó por ser generalmente comprendida. Cada cual sabía que este rey, cuyas pretensiones reales eran tan brillantes, poseía una paciencia sin límites, y que soportaría las más punzantes críticas, los más violentos y más malignos ataques. Discutían sus pretensiones y su carácter con entera libertad. Lejos de mirarle con aquel excesivo temor que habría impedido á los oyentes escuchar su doctrina con sentido, aprendieron poco á poco, aun reconociendo su extraordinario poder, á tratarle con intemperante viveza, la cual no se hubieran atrevido á mostrar á un enemigo. Por una consecuencia extraña, le acusaban de connivencia con el Diablo; en otros términos, le declaraban capaz de obrar infinito mal; y sin embargo, le temían tan poco, que siempre se hallaban á punto de provocarle á emplear contra ellos todo su poder. A decir verdad, le creían desarmado, por su propia voluntad, de la fuerza que le era propia, y tenían razón; no castigaba su malicia más que con frases de reconvencción, y así cobraron poco á poco valor para atacar la vida de Aquél cuya milagrosa protección no ponían ellos en duda.”¹

¹ Estas palabras están tomadas de una obra anónima publicada, algunos años há en Inglaterra, con el título: *Ecce Homo*. M. Guizot tradujo y citó en apéndice, en sus *Méditations sur l'essence de la Religion chrétienne*, muy notables fragmentos.

Nótense esos juicios hermosísimos y muy nuevos de un autor protestante. Es todo un aspecto de la maravillosa fisonomía de Jesucristo que aparece iluminado. No solamente se hacen hoy conquistas en el dominio de la ciencia; hácese también en el de la crítica. Hé aquí una. Ese voluntario desarme del Cristo; esa discreción infinita lo mismo por sabiduría que por amor; ese poder formidable que todo el mundo reconoce en Él y que á nadie causa miedo; esa convicción que poco á poco se hace general de que es incapaz Él de abusar de aquel poder, y esas multitudes que se hacen atrevidas hasta atacar la vida de Aquél cuyo milagroso poder no ponen en duda: todo eso, repito, es nuevo, profundo, y arroja sobre la fisonomía de Jesús un rayo de luz juntamente de los más suaves y de los más vivos.

Este poder, que tan bien contenía Él, y que soberanamente llevaba cuando se trataba de Él mismo, hasta el punto de que ninguna provocación, ningún peligro, ninguna traición, ningún desprecio era capaz de decidirle á usarlo en favor suyo, hay sin embargo un caso en el cual se le escapaba; era cuando se trataba de hacer bien á los demás. Encontraba un pobre, ó un enfermo; entonces aquel poder divino brotaba de su corazón como brotan los actos de amor, más rápido que el relámpago. A veces diríase que no era Él el señor, como en la incomparable

historia de aquella pobre enferma que se acerca humildemente por detrás, diciendo: “¡Si pudiera tan sólo tocar la orla de su vestido, quedaría curada!” Hasta en ciertos momentos, veíanse lágrimas en Jesucristo, súbitos estremecimientos, una turbación singular que daban testimonio de la intensidad de su amor. ¿Quién no recuerda aquel vivo arranque que le lleva á Naín, cerca del féretro de aquel hijo único y de aquella madre llorosa? ¿Quién no advirtió su emoción tan contenida pero tan profunda, cuando resucita á la hija de Jairo? ¿Cómo olvidar el extraordinario sobrecogimiento que siente en el sepulcro de Lázaro? Mas ni aquellas turbaciones, ni aquellos tiernos arranques del más sensible de todos los corazones no penetraban en la región tranquila en donde residía su milagroso poder. Así como se le ve siempre sereno en medio de los más altos misterios, permanece tranquilo obrando los más grandes milagros. “Resucita los muertos, como ejecuta las acciones más comunes; habla como maestro á los que duermen un sueño eterno, y se advierte claramente que es el Dios de los vivos y de los muertos; nunca más tranquilo que cuando ejecuta las cosas más grandes.”¹

Poco á poco, con aquel poder sublime y con el uso todavía más sublime que de Él ha-

¹ MASILLON, *Sermon sur la divinité de Jesus-Christ.*

cía, se formó sobre la frente de Jesús una aureola de nuevo género. “Esa reserva en el uso de su poder sobrenatural, concluye el autor inglés á quien hemos citado, es la obra maestra del Cristo. Es un milagro moral añadido á un milagro físico.” El reposo en la grandeza, y, añadido yo, lo inerte en la fuerza, hacen de Él la más majestuosa figura que se ha ofrecido á la imaginación humana.

Pero si ese poder milagroso únicamente se desplegaba en el amor mediante los arranques del amor más tierno, más misericordioso, más delicado y más fuerte, unido al más asombroso olvido de sí mismo, no era tan sólo por eso por lo que Jesús encantaba á las multitudes. Advertíase también su sublime inteligencia. No se contentaba con curar, subía más alto, hasta las almas. A decir verdad, jamás pensaba en otra cosa que en ellas. A través de los males del cuerpo, es indudable que Jesús veía á las almas enfermas. Veía la parte dolorida del alma que había engendrado un punto dolorido en el cuerpo. Allí, es en donde aplicaba Él su elevado y bienhechor poder. Sus milagros no eran tan sólo actos extraordinarios, puesto que cabe haber actos de este género que no son iluminadores; ni siquiera tan sólo actos de compasión y de bondad: eran actos más profundos, y en los cuales se desplegaba toda su fuerza redentora. El Salvador de las almas, el Redentor, se